



TOMA AL NIÑO Y SU MADRE Y VETE ...

Desgarramientos y esperanzas de los refugiados

Jean-Marie Birsens, S.J.

Con este imperativo brutal empieza la huida del refugiado. Por más que desde hace mucho se sienten cercanas las amenazas, la decisión siempre es imprevisible: basta una gota, la última para desbordar el vaso. En 1981 diez y seis millones de hombres y mujeres de todas las edades, razas y pueblos, eran refugiados. De este número, 7.500.000 se encuentran en el sudeste asiático: camboyanos (Kmers), laosianos y vietnamitas.

Lo que tienen en común, a pesar de sus orígenes diversos y las variadas razones de su decisión, es la huida, reacción visceral del hombre que se siente en peligro, amenazado de persecución, de hambre, de muerte, de imposibilidad de sobrevivir. Y por cierto que no es a nosotros a quienes corresponde juzgar sobre la "objetividad" de su huida. Por definición, la decisión se toma en un clima de pánico, cuando la vida está amenazada hasta sus raíces por la guerra, la opresión o la

injusticia de un régimen, la falta de seguridad o a causa de persecución abierta con peligro de muerte o de prisión perpetua en campos de concentración. Las causas que obligan a una persona o a un grupo a huir pueden ser diversas, la angustia humana es la misma.

He trabajado dos meses con refugiados kmers y vietnamitas en la frontera de Tailandia y Cambodia. Quisiera transmitir su grito, mostrar el corazón de su vida desgarrada, su esperanza y su valentía en situaciones difíciles. Mi intención no es hacer un análisis político, sino atraer la atención sobre lo que nos tienen que decir a nosotros, cristianos y religiosos.

Por una parte está el pecado colectivo, fuente de esta abrumadora aflicción: la concupiscencia de muchos países está comprometida en la desgracia de estos pueblos. Por otra parte, encontramos rostros concretos: corazones desgarrados y vidas desarraigadas. Muchos han perdido a miembros de su familia o a amigos, todos han debido abandonar su patria, la tierra de su nacimiento. Han afrontado el éxodo sin otra cosa que su desnudez. Cuando los encontramos no se nos pide resolverlo todo o comprenderlo todo, sino vestir al desnudo, dar de beber y comer a hambrientos, visitar al prisionero... "Sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos" (Saint-Exupéry).

Algunas informaciones

Yo he trabajado en un campamento situado en la frontera de Tailandia y Cambodia. Estaba con el JRS (Servicio Jesuítico a Refugiados) en un organismo médico, ocupado como enfermero en un hospital pediátrico. En agosto de 1983 vivían en este campo 70.000 kmers y 900 vietnamitas. Estos últimos, para llegar allá, tuvieron que atravesar toda Cambodia. El campo se encuentra, con algunos otros, en zona de guerra. En esta región fronteriza hay por lo menos 300.000 refugiados (kmers, laosianos, vietnamitas) a los que hay que añadir unos 150.000 en el interior de Tailandia.

Sus expectativas son diversas: regreso a su patria para unos, admisión en un país de acogida para otros.

La primera cosa que impacta es la miseria y el despojo. Las necesidades más cotidianas se convierten en un problema. El agua potable tiene que ser llevada cada día en camiones cisterna. El arroz es distribuido por las Naciones Unidas y los organismos que dependen de ella. Una vez por semana, cada mujer y cada niño recibe 2.5 kg de arroz y unas sardinas. Las Naciones Unidas "no alimentan a los hombres, porque podrían pertenecer al ejército". Esto crea enormes problemas a algunas familias. En el campamento, los refugiados cultivan, en lo que pueden, frutas y legumbres. El mercado negro permite sobrevivir a los que tienen algo para cambiar; el resto vive en condiciones miserables.

Las habitaciones son de bambú o de hierba seca, el suelo de tierra apisonada. El campo está guardado por militares tailandeses que controlan las entradas y salidas. Está prohibida a los refugiados ir a Tailandia. Todo alrededor del campo está sembrado de minas que causan espantosas heridas a los que se aventuran demasiado lejos para conseguir algún alimento. En general, las mujeres tienen mucho que hacer ocupándose de los niños, numerosos en el campamento: 10.000 de menos de tres años, de los 70.000 refugiados. Los hombres trabajan la tierra o velan por la seguridad del campamento. Hay algunos talleres de tejidos, una escuela primaria que se mantiene en ambiente cerrado, sin noticias del exterior, una "tierra de nadie" en el sentido más estricto de la palabra, donde no hay nombres ni rostros, separado del resto del mundo e ignorado por él. En este contexto, la presencia de un extranjero puede aportar un aire nuevo, sobre todo si sabe escuchar y ponerse a su altura.

La miseria tiene un rostro

La miseria material en sí misma es anónima. Hay que ir más allá para encontrar un rostro: tal refugiado, tal familia, tal grupo. Las heridas más profundas y más crueles golpean el espacio social. Las familias están desgarradas por la guerra; los amigos, muertos o en prisión. El refugiado ya no tiene patria, cultura, moral, religión. Todo ello está cuestionado, con frecuencia herido. Alimentando y curando los cuerpos, no se puede olvidar de "curar" también estas heridas sociales

que alcanzan a la integridad profunda de la persona. Esto es una prioridad en el interior de toda acción, para que no sea superficial, exterior al corazón de su vida. Los ojos ven las lesiones, los oídos oyen, la nariz y la boca huelen, pero no hay que detenerse ahí: el corazón puede ir más lejos. El nuestro será herido como el de Cristo, pero será herida de amor, no de desesperación.

Delante del campamento hay un árbol con una rama rota, muerta, y otra viva. Para mí se ha convertido en el símbolo del refugiado: en su corazón siempre están íntimamente ligados muerte y resurrección, alegría y dolor, herida y esperanza.

Los refugiados no tienen otra cosa que la vida. En su desnudez son grandes, no por ella sino por el modo como la abordan y asumen. Nunca he encontrado tal confianza en la vida, una esperanza parecida y un valor tan ejemplar.

Primera aproximación: el hospital pediátrico

Este hospital modesto, sin ningún lujo, tiene unas treinta camas. Hay una decena de jóvenes kmers aprendiendo el oficio de enfermeros y tres médicos kmers. Los dos extranjeros, el pediatra y el enfermero, aseguran la enseñanza y la supervisión.

Lo primero que sorprende al entrar en una sala es ver juntos a niño y madre. El enfermito nunca está solo, a menudo gran parte de su familia se encuentra a su alrededor. Esto produce menos traumas al niño y da al hospital una atmósfera de pueblecito.

Ra es un muchachito que sufre de malnutrición aguda. En seis semanas se ha podido recuperar gracias a la alimentación especial y a transfusiones. Su mamá tiene otra infante, una nenita de un año, pero no alcanza a alimentar a los dos a la vez, pues no sabe cómo conseguir alimentos o las cocciones tradicionales para aumentar la leche materna. Nuestro trabajo consiste tanto en estar presentes junto a la mamá,

como en ayudar al infante. La malnutrición de Râ tiene un carácter social: falta de medios, la mamá se interesa cada vez más en el otro infante, con más vitalidad y mejor salud. Fue necesario decir y repetir a la mamá, por medio de los enfermeros kmers, que era buena madre y que teníamos esperanzas en su hijo. Progresivamente recobró la confianza en sí misma.

El pequeño Sra era para su madre un verdadero signo de esperanza, una estrella en la noche. Sra había nacido en el campamento y había devuelto a sus padres el sentido de la vida. Sus padres nunca hablaron de su pasado, pero se podía adivinar lo que habían sufrido de privaciones, dolores y desalientos. Este caso ilustra el lugar central que el niño ocupa en este medio: es aguardado en la familia, portador de esperanza y nueva vida.

Jesús, refugiado en Egipto, era como ellos: un niño desconocido, amenazado de hambre y muerte. Todos estos niños refugiados se le parecen, son los inocentes de hoy. Su grito es todavía inarticulado, pero la presencia del Señor en ellos es una llamada al respeto y nos invita a hacernos sus servidores en una presencia discreta en la que la sonrisa y los gestos a menudo dicen más que muchos discursos.

Algunos rostros

Sophal es un joven kmer de 24 años. La guerra se desató cuando él llegaba a la edad más receptiva. Acababa de terminar la primaria y ya nunca regresó a la escuela. Durante los años en que se construye lo esencial de la personalidad del hombre, que se tuvo que dedicar al contrabando para sobrevivir. Todo lo que había podido adquirir, como nociones culturales, morales y religiosas, fue "eficazmente" desarraigado por el régimen. Angkor, templo y símbolo de Cambodia y su cultura, no es para él más que un vago recuerdo. Su mujer murió de resultas del régimen de autodestrucción. Llegó sólo al campamento, con la esperanza de otra vida. Aprendió inglés y siguió cursos de enfermero. Esto le ha devuelto la dignidad humana, y ha dado contenido a su vida desarraigada. Su esperanza es regresar un día a su país natal para llevar allí una vida normal.

José es un joven de 22 años. Sintió la llamada del Señor y entró en el seminario menor. Cuando éste fue cerrado en 1975, todavía pudo seguir, a escondidas, los cursos hasta 1980, fecha en que el lugar fue descubierto por la policía. Se quiso obligar a todos los seminaristas a entrar en el ejército. Sintiendo que debía perseverar en el camino al que se sentía llamado y viendo que ésto era imposible cuando los seminarios fueron cerrados, decidió huir. Una tentativa en una embarcación fracasó porque se detuvo el motor. Cuando pasaron otras embarcaciones, pidieron auxilio inútilmente, pues no encontraron más que indiferencia y rechazo. De vuelta a las aguas territoriales, fueron capturados por pescadores que resultaron ser espías, lo que les valió seis meses de prisión. "Si hubiesen sabido que era seminarista, todavía estaría allí", me confió José más tarde. La prisión o el servicio militar "hasta que llegue la muerte" es una manera cómoda de eliminar a los indeseables. Al ser puesto en libertad, José, siempre acosado por la policía, tuvo que esconderse en diferentes casas amigas. Para ir a la iglesia el domingo, tenía que levantarse de noche, hacia las tres de la madrugada, ir a la iglesia escondido y ocultarse después de misa hasta medianoche, antes de poder volver a su domicilio. Esta vida se hacía imposible y José vio que nunca podría llegar a ser sacerdote, por lo que huyó con su amigo Pedro. En el campamento ha encontrado a algunos miembros de su familia. Este éxodo ha profundizado su vocación. Muchas veces me ha repetido: "Soy pecador, pero Dios no me abandona, como lo he experimentado en forma bien palpable".

El corazón del problema

Hemos hablado del aspecto material de la vida del campamento, hemos escuchado dos testimonios, nos falta mostrar lo que parece ser el corazón de su vida: ¿qué es lo "específico" del refugiado en relación con otros tipos de pobres? La herida más profunda es la inseguridad, la inestabilidad de la vida, los desarraigos sucesivos. Puede ocurrir cualquier día: toma al niño y a su madre y vete ... Lo viven por primera vez al dejar su tierra natal, y lo vuelven a vivir muchas veces, cuantas los transfieren de un campamento a otro.

Hace dos semanas empezaron los rumores: un grupo de

refugiados puede ser transferido a otro campamento. La imaginación elabora pronto esta noticia y más de uno teme ser devuelto a su origen o enviado a un campamento donde será maltratado, etc. Cada uno ha conocido anteriormente situaciones difíciles, algunos han vivido en campamentos donde trabajan como esclavos. En un momento de tensión como éste, suben a la superficie las antiguas angustias, se reabren las viejas heridas. Los rumores se propagan con terrible rapidez causando destrozos y una terrible agitación en los espíritus y los corazones. Hombres poco antes calmados se vuelven angustiados, nadie es capaz de estudiar, de trabajar, de dormir, ni siquiera como lo hacían. Tan grande es el miedo que ninguna palabra objetiva puede hacerse escuchar. Se ve palpablemente cómo el mal espíritu turba los corazones. Y todo esto por una información imprudente e incompleta.

Esta angustia lleva a algunos a evadirse hacia Tailandia. Se imaginan poder llegar a la Embajada de los Estados Unidos en Bangkok, a 300 km, lo que es totalmente imposible. Los controles en las rutas son severos, el peligro de saltar por una mina o ser abatido por la guardia al dejar el campamento es grande. Algunos pagan a un guía que los entrega en el primer puesto militar, y entonces, normalmente, son apaleados y maltratados, después arrojados a la prisión, lo que disminuye enormemente las posibilidades de ser acogidos en naciones extranjeras. En esta ocasión, los militares volvieron a traer a todos los evadidos al campamento anunciando: "Mañana, todo el mundo será transferido a otro campamento". Nadie precisó ni por qué ni cómo.

De un día para otro, estas pobres gentes se volvieron a encontrar ante el vacío, la inseguridad, la ignorancia total sobre su porvenir.

En este tiempo, mi amigo José estaba profundamente turbado: algunos de sus amigos proyectaban huir, y se preguntaba si no debería hacer lo mismo. Hablamos sobre ello largamente. Por fin, se dijo que su lugar estaba ahí, como futuro sacerdote, con su pueblo, pasara lo que pasara, en lugar de ir a buscar él solo su salvación. En efecto, constituyó una gran ayuda para la comunidad cristiana y también para todos los pobres del campamento.

Al día siguiente, día de la partida, era penoso ver cómo las tiendas se plegaban con celeridad, dejando un gran espacio vacío. Los que partían tardaron poco en preparar sus equipajes; las pocas raíces echadas en el campamento eran cortadas de nuevo, el éxodo recomenzaba.

Tuvimos la suerte de celebrar ese domingo la Eucaristía. Tocó el Evangelio de las Bienaventuranzas. Ver alrededor de uno a hombres perseguidos, que sufren, que lloran, que son pobres ... da otro sentido a este texto. Ciertamente que se ven las lágrimas, la pobreza, etc., pero se percibe igualmente esa alegría de la que se habla en las bienaventuranzas: hay en ellos una confianza, una esperanza y una dignidad que nadie puede borrar. Muchos, cristianos o no, hablaban de Dios como de aquel que los conduce y les da esperanza. Para los cristianos fue confortación extraordinaria el recibir, en ese momento difícil, el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor.

La salida se hizo en camiones sobrecargados. Admiré la gran calma y la gran dignidad con que partían. Ese día dieron un maravilloso ejemplo de disponibilidad a nosotros, los que somos discípulos de Cristo, los que somos enviados igualmente al mundo entero "sin tomar dinero, ni otro vestido, ni asegurar nuestra seguridad material". Para ellos, el abandono a la providencia se traducía en un determinado comportamiento.

En la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, junto con otros compañeros, pude volverlos e encontrar en su nuevo campamento. Se les ha pedido, como a María, que lleven una vida escondida, pero Dios sabe muy bien lo que les va a proponer a continuación. El los acompaña discretamente. En su nuevo campamento, muy pronto han vuelto a encontrar paz y alegría: parece que tienen un poco más libertad, y sobre todo un mayor espacio vital. Todos están felices de que pasó el tiempo de la angustia. Viendo el ánimo que ponían en reconstruir sus instalaciones, he percibido concretamente que la vida es más fuerte que cualquier fuerza de muerte. Para los creyentes es una fuente de esperanza el sentir así, en los hechos, que Dios no los olvida, sino que los acompaña en su marcha por el desierto. Jesús mismo, nacido en un establo, refugiado en Egipto, ha participado de su condición. También

hoy, la Sagrada Familia está a su lado.

El éxodo que vivió este grupo fue, tres meses más tarde, la suerte de varios miles del mismo campamento. Esta es la realidad de la que participan todos los refugiados del mundo: la total dependencia del querer de los militares y las administraciones.

El corazón de la vida de un refugiado

Lo que constituye el corazón de la vida del refugiado es esta inestabilidad perpetua, la dependencia total y los desarraigos sucesivos. En este clima, en el que viven desde hace muchos años, lo que hiere profundamente la dignidad y la integridad de la persona humana. En Asia, "la cara", el rostro, es su símbolo. Su integridad es profundamente herida, el rostro aparece en toda su desnudez, en toda su miseria, como una llamada a nuestra responsabilidad. Pero ¡cuán numerosas son las corrientes que tienden a neutralizar la fuerza de la interpelación que el refugiado lanza al mundo actual! ¡cuántos esfuerzos para quitar todo rostro, toda dignidad personal: persecuciones en su país, fría indiferencia de nuestros países "libres"! Un autor americano, Barry Wain, escribiendo sobre los refugiados, ha titulado su libro: "Los rechazados" (The refused). En su cruel lucidez, estas palabras expresan el drama de millones de personas. Ciertamente molesta oír su grito, pero, como cristianos, ¿podemos hacernos los sordos? En el contacto con los refugiados se ve que el mal, el pecado del mundo, toma la forma concreta de la exclusión. Esta forma de exclusión respecto de ellos es muy visible, pero hay otros grupos, entre nosotros y en otras partes, que son víctimas de esta misma exclusión de una forma más solapada, menos aparente, porque se dan buenas razones para apartarlos. La miseria de los refugiados nos revela hasta dónde puede llegar el egoísmo, el rechazo de ver al pobre que "tiene hambre delante de mi casa". Escucharlo, darle el derecho a la palabra, es encontrar en ellos a Nuestro Señor, al que no ha desdeñado el nacer en un establo y participar de la condición de los excluidos y de las víctimas inocentes.

Testimonio de un joven cristiano

Antes de concluir con algunas reflexiones sobre la vida religiosa, quiero dar la palabra a un joven cristiano refugiado. Tiene 19 años y escribió este texto la víspera de su traslado a un nuevo campamento.

Ahora son cerca de las 10 de la noche. Alumbrado por una candelita te escribo, no porque tenga claro mi espíritu, sino porque estoy profundamente turbado y confundido.

El delegado de la Cruz Roja Internacional nos acaba de dar una importante información. En algún sentido es una noticia pésima: han decidido los militares, que son quienes tienen la última palabra sobre nosotros, que tenemos que ser transferidos a otro campamento en unas dos semanas.

Muchos de nosotros tienen pánico y angustia por nuestro futuro. Tienen intención de huir. Mis amigos quieren convencerme de que me vaya con ellos. Para nosotros es bien difícil saber cuál es la mejor manera de resolver este conflicto.

Por el momento yo estoy en paz. Pienso que no hay ninguna angustia que temer. Dios siempre está conmigo. El lo conoce todo y nada es imposible para El. Como te he dicho, creo que ésta es la mejor época de mi vida. Probablemente sería incapaz de encontrar en otro país que me acogiera, un lugar como éste, en el que pueda servir a Dios y a mi pueblo como de la manera actual. Creo que es Dios quien me ha escogido y me ha puesto en este lugar. Por ello, no tengo ninguna razón para rehusar su misión y evadirme para buscar mi felicidad. Siempre creo en la fuerza irresistible del amor de Dios: El escogerá la mejor parte para nosotros.

"El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí" (Mt 10, 38).

Algunas reflexiones a propósito de la vida religiosa

Quisiera, brevemente, abrir una pista de reflexión sobre lo que la vida de los refugiados nos puede enseñar para la vida cristiana y sobre todo para la vida religiosa. Porque me parece que nos puede dar ánimo a nosotros, religiosos y religiosas de diferentes congregaciones, para vivir nuestro compromiso con una nueva profundidad.

Pronunciamos nuestros votos de pobreza, castidad y obediencia, seguros que así podremos seguir mejor a Cristo.

Mucho me ha impactado el ver cómo los refugiados viven concretamente y de manera ejemplar lo que constituye el fondo de nuestro compromiso.

Viven una pobreza real, no sólo con la desnudez exterior -vida sin comodidad, sin superfluidad- sino, sobre todo, en el abandono a la providencia. Dependen, simplemente, de la ayuda exterior para sobrevivir. Mientras que nosotros ¿de cuántas seguridades no nos rodeamos para no enfrentar nunca una amenaza a nuestra vida? La práctica de la antiquísima tradición del ayuno nos puede permitir volver a hacer esta experiencia de abandono y pobreza concreta.

Sin pretender juzgar la actitud moral de los refugiados, hay que subrayar que el punto en que viven la castidad está en que han dejado padre, madre, amigos, etc. Al elegir han tenido que sacrificar sus relaciones más preciosas. Enviados de un campamento a otro, no gozan de ninguna estabilidad en sus relaciones, lo que es un sacrificio enorme y duro de vivir.

Cuando nosotros obedecemos a nuestros superiores, lo hacemos por un fin espiritual. Ellos deben obedecer a todo poder militar que se les impone a medida que avanzan en su vida. Esta obediencia les hace pasar la experiencia concreta de una gran dependencia.

Pronunciando nuestro sí en respuesta a la elección del Señor de nuestras personas, sabemos que somos sostenidos por otros hombres que, a menudo sin conocer a Cristo o sin

ser llamados a la vida religiosa, la viven en lo esencial en su vida. Como cada uno de nosotros, pueden rehusar este despojarse, pero eso se convierte, para muchos de ellos, en el camino de su salvación. Viendo a mis cohermanos en sus relaciones con los refugiados, desde el primer día me impactó encontrar en ellos una especie de secreta cercanía, distinta de la generosidad de otros voluntarios.

A las congregaciones llamadas "activas", los refugiados dan un excelente ejemplo de movilidad, en especial a la Compañía de Jesús, para la que la movilidad es uno de sus carismas fundamentales. A un refugiado se le llama constantemente a abandonarlo todo, a ofrecerse humildemente a Dios y a aquellos de los que espera comida y alojamiento, a renunciar a toda seguridad sobre su porvenir. Este es, ciertamente, el punto más difícil de vivir. En su esencia, la movilidad en que deben vivir es la misma que la nuestra. Bien sabemos en qué estado se encuentra uno cuando espera un destino, un envío a una misión que nunca llega. Esto nos ayuda a comprenderlos. Es otro punto que, vivido en ofrenda, nos puede acercar a este pueblo.

Para muchos de ellos, incluso diría que para cada uno en su nivel, el éxodo se convierte en una fuerte experiencia espiritual. Unos la viven sin saberla expresar, otros la hablan en términos cristianos, otros con palabras de otra religión. Cuando el hombre es despojado de aquello en que confía y de sus seguridades, se hace más receptivo para la dimensión "vertical". Al ver esta fe y esta confianza simples, se cae en la cuenta de que se trata de algo más que de bellas ideas.

A veces Dios habla a su pueblo de manera muy distinta de lo que esperábamos. Con frecuencia concebimos la transmisión de la fe únicamente a través de libros y discursos. Lo que he vivido con un refugiado muestra que en ocasiones Dios se sirve de otros medios. Había comenzado el camino espiritual del Zen, cuando tuvo que esconderse por dos años. Sus fuerzas se agotaron cuando lo abandonaron sus guías y, a continuación, fue maltratado en un campamento. Llegado acá, asistió a la Eucaristía: "Estoy feliz, mi cabeza está clara, no sé por qué". Dios se comunicó con él a través de la liturgia y el ejemplo de algunos cristianos. Esto le dio el gusto de leer

la Biblia.

Por esta proximidad en la vida de la que he tratado de dar algunos ejemplos, el religioso, la religiosa, el sacerdote, están, según mi criterio, especialmente "equipados" para ir a su encuentro con profundidad. El don de nuestra vida, nuestros votos religiosos, nos disponen a estar atentos a lo que es más íntimo en su vida. Esto también es válido para aquellos que no tienen la ocasión de encontrarlos en su trabajo ordinario o en nuestros países. Hay una cercanía espiritual entre "ellos" y "nosotros". Pero para aquel que los encuentra, su presencia es a menudo la de alguien que les ayuda a leer su historia como la historia de Dios con su pueblo. Les ayuda en los discernimientos concretos que tienen que hacer, les ayuda a releer su historia de dolores en la perspectiva de reconciliación con ellos mismos y con quienes les hacen sufrir.

Esta presencia puede utilizar toda clase de soportes -servicios de salud, de educación ...-, pero sin terminar ahí. Para mí, el religioso o la religiosa es, por excelencia, alguien que puede llegar a ser su amigo. Por nuestros votos estamos más libres para entrar en estos contactos más profundos. Cuando se sabe que los sufrimientos de este pueblo se sitúan en los corazones mucho más que en los cuerpos, esto puede orientar la forma de nuestra presencia. Así seremos quienes se hacen todo a todos, quienes, por vocación, han recibido la misión de escuchar y de hablar. Esto es verdad para todo cristiano, pero nosotros, los religiosos, deberíamos poderlo vivir con mayor intensidad.

Por nuestra escucha seremos llevados a transmitir la voz de los sin-voz. A nuestro turno nos convertiremos en refugiados: acogidos y rechazados como ellos, como Nuestro Señor.

En los medios no cristianos -la mayoría de los casos- nuestra presencia será una presencia escondida, en la que la caridad cristiana será muchas veces nuestra única expresión posible. Cuando podamos ganar su amistad, ésta proporcionará un excelente terreno para transmitir aquello de lo que vivimos; muchas veces sin palabras "estudiadas", sino por la mera cercanía. En una comunidad cristiana, el sacerdote tendrá

el deber de traer a Cristo corporalmente presente en medio de su pueblo, que tanta necesidad tiene de Él.

La vida de los refugiados es un aliciente para nuestra vida religiosa; pero no es menos un desafío: ¿nos atreveremos a ser el compañero de Jesús refugiado, de Jesús injustamente tratado? La toma de conciencia de lo que viven los refugiados puede animarnos e invitarnos a llevar nuestra vida religiosa con una profundidad nueva, y sobre todo, quizás, de manera más concreta, más realmente próxima a los excluidos por todo nuestro modo de vida. Nuestra pobreza, nuestra castidad, nuestra obediencia, no permanecerán evangélicas ni conservarán su fuerza de interpelación más que si nos hacen cercanos a los pobres de nuestro tiempo.

Tomado de **Vie consacrée**, septiembre 1984.

